EL ESCRÚPULO

PEQUEÑO MANUAL DE DIRECCIÓN

PARA USO DE LAS ALMAS TIMORATAS Y DE SUS CONFESORES

SEGÚN LA DOCTRINA DE

S. Francisco de Sales y S. Alfonso de Ligorio

DOCTORES DE LA IGLESIA

POR

MONSEÑOR GAUME

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR EL PRESBÍTERO

Félix M. Martínez

Profesor en el Seminario de Michoacán

Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.—Mi yugo es suave y mi carga es ligera.

(SAN MATEO, XI, 30.)

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

MEJICO

LIBRERÍA RELIGIOSA

HERRERO HERMANOS, EDITORES

San José el Real, 3

1895

Esta obra es propiedad de sus editores; queda hecho el depósito que marca la Ley.

MÉJICO.—Imprenta de la Librería Religiosa.

PRÓLOGO.

ENTRE las enfermedades del alma, una de las más dignas de compasión, más difíciles de curar y más dañosas, es el escrúpulo.

Digna de compasión. Se apodera de las mejores almas, transforma la delicadeza de conciencia en pusilanimidad y vanos temores; convierte en esclavos del Sinaí á los hijos del Calvario; lejos de hallar reposo y alegría en el servicio del buen Maestro que ha dicho: *Mi yugo es suave y mi carga ligera*, soportan la Religión como una carga, pues todos los deberes que impone son para ellos otras tantas fuentes de tormentos é inquietudes.

Difícil de curar. El carácter propio de esta dolencia es el engaño de sus víctimas. Si se consideraran verdaderamente escrupulosos, presto quedarían sanos; pero lo difícil es convencerles, porque encuentran siempre evasivas para defen-

derse. «Temo no haberme explicado bien; temo que no me hayan comprendido; temo que me falte la contrición suficiente; temo pecar en todas mis acciones.» ¡Innumerables santos y hábiles confesores han trabajado y trabajan aún sin éxito en este vital asunto!

Muy dañosa. El escrúpulo conduce al disgusto del deber; el disgusto á la relajación; la relajación á la indiferencia; la indiferencia al abandono final no sólo de las prácticas de supererogación, sino aun de las obligaciones más importantes, y acontece á menudo que todo esto termina en la incredulidad ó en la locura.

Semejante desgracia es tanto más de temer, cuanto que el escrúpulo, llegando á cierto extremo, abarca el pasado, el presente y el porvenir: el pasado, por el temor de no haber hecho jamás buenas confesiones; el presente, por el temor de pecar en cuanto se piensa, se dice y se hace; el porvenir, por el temor exagerado de perder la vida eterna.

Socorrer á estas pobres almas y recordar á sus confesores la dirección de los maestros más experimentados en los caminos del espíritu, tal es el objeto de esta obra.

EL ESCRÚPULO

CAPÍTULO PRIMERO.

NATURALEZA Y CAUSAS DEL ESCRÚPULO.

Los mundanos imaginan que el escrúpulo es una delicadeza de conciencia que consiste en el temor al pecado verdadero y en evitarlo con diligencia; por eso llaman escrupulosos á los timoratos que se abstienen de ciertas faltas que ellos cometen con toda libertad, y evitan ciertos peligros que ellos afrontan sin temor alguno.

Pero se engañan: el escrúpulo no es, como suponen, la delicadeza de conciencia que evita diligentemente el pecado; es una aprensión vana; se funda en ligeros motivos que llenan de ansiedad la mente, haciéndola temer el pecado donde no existe.

El escrúpulo es como caballo espantadizo que,

viendo la sombra de un arbol, de una piedra ó de un tronco, se aparta, retrocede, se encabrita, no obedece al freno ni al acicate, como si viese un tigre ó un león próximo á devorarlo. Y por esta vana aprensión caballo y caballero se exponen al peligro real de caer en un precipicio.

Tal es el escrupuloso: espantado por sombras imaginarias, y temiendo sin razón alguna que tal ó cual acción, de suyo lícita y honesta, sea pecado grave, se llena de turbación y de inquietud. Dominado por sus agitaciones, no obedece al confesor que le dirige, ni á las personas ilustradas que le aconsejan, ni á los amigos que le reprenden. Y así, por el temor de un pecado aparente, se expone á cometer verdaderos pecados, y aun á precipitarse en el abismo.

El escrúpulo viene de muchas causas. En algunas procede del temperamento. Las complexiones linfáticas, frías y melancólicas son terreno feraz para producir esta suerte de espinos. Los de este temperamento son naturalmente asustadizos y pusilánimes; la menor apariencia de pecado les aterroriza; sombríos y taciturnos, el miedo trueca sus vanas aprensiones en ideas fijas. Necesítase, por tanto, el poder de Dios para libertarlos.

Acontece también que su conturbada imaginación les representa que en todo hay pecado; entonces pierden por completo la paz, y su vida es angustia perpetua y largo martirio.

Estas pobres almas deberían evitar con cuidado sumo los ayunos y las austeridades extremas, la soledad prolongada, el trato con gentes poco instruídas en materia de espíritu ó excesivamente timoratas. Si obran de otro modo, perderán el juicio ó harán que el confesor lo pierda.

Los escrúpulos que provienen de esta primera causa son difíciles de corregir; como no pueden abandonar su temperamento, estas pobres almas llevan siempre consigo la fuente de sus falsas ideas, sus temores, sutilezas y extravagancias.

El segundo origen de los escrúpulos es el demonio. Este implacable enemigo del género humano busca la manera de perder á los pobres hijos de Adán, tendiéndonos un doble lazo: la presunción y la desconfianza. En los unos, ensanchando la conciencia, destruye insensiblemente el sentido moral, y arroja á manos llenas semillas de incredulidad desastrosa.

Perdida ó debilitada la fe, la conciencia carece de todo freno conveniente; el alma es un navío sin timón y sin lastre, que se estrellará de seguro en cuantos escollos le salgan al paso.

Tal es la situación de esas multitudes de literatos é iliteratos que, señaladamente en estos tiempos, no conocen otra regla de conducta que los bajos instintos de la naturaleza corrompida, y beben el pecado cual si fuese vaso de agua fresca.

Mas en las almas generosas cuya fe no ha logrado obscurecer, cuya virtud ha resistido á sus ataques, el espíritu de la mentira obra entorpeciendo la conciencia por el temor excesivo. Entrando en la imaginación, la llena de fantasmas y tinieblas, de las que forma vanas aprensiones de pecado que engendran inquietudes continuas.

Despierta, además, en el apetito sensitivo, movimientos que son fuente de temores y de angustias. En este estado de obscuridad, de confusión y trastorno de todas las potencias, la pobre alma no halla donde reclinar su cabeza.

El demonio bien sabe lo que hace: por medio de los tormentos de la conciencia procura hacer enojosa la oración, la frecuencia de sacramentos é insoportable el servicio de Dios; y el alma, llena de disgusto, desconfía de todo, abandona el buen camino, comete verdaderos pecados y á veces llega á la desesperación.

Los escrúpulos que vienen del demonio pueden conocerse por estos signos: obscurecen la mente de un modo particular; producen amarga tristeza de corazón; hacen que el alma, combatida de mil maneras, imagine que Dios la abandona y que no habrá para ella paz ni remedio de sus males.

Son, además, intermitentes dichos escrúpulos, y carecen de caracter uniforme; ora acometen con energía, ora son remisos ó casi nulos en sus ataques, según que Dios alarga ó recoge la cadena al espíritu tentador.

Ese doble carácter distingue esta especie de escrúpulos de los que se originan del temperamento, pues los últimos casi son invariables, toda vez que la naturaleza obra siempre conforme á sus propios instintos.

CAPÍTULO II.

CAUSAS DEL ESCRÚPULO (CONTINUACIÓN).

La tercera causa de los escrúpulos es el mismo Dios, y en verdad no puede ser causa positiva, en cuanto que intente los errores y las falsas ideas de los escrupulosos; mes es bien causa negativa, en cuanto que retira su luz, con la cual el alma distinguiría claramente lo que es pecado de lo que no lo es, así como el sol produce las tinieblas cuando se oculta en el horizonte.

Así es como muchos santos se han visto grandemente atormentados por interiores angustias. San Buenaventura, por ejemplo, fué tan combatido por los escrúpulos, que algunas veces dejó de celebrar por varios días. San Ignacio, por la misma causa, resolvió abstenerse de todo alimento

hasta que Dios se dignase de apaciguar las terribles tempestades de su alma. Estuvo ocho días sin comer ni beber; pero increpado por su confesor, hubo de consentir en tomar alimentos y proceder en adelante con más prudencia.

Santa Lugarda fué igualmente atormentada por crueles escrúpulos; entre otras cosas, le acontecía repetir dos y tres veces la misma hora canónica, y á pesar de todos sus esfuerzos no quedaba tranquila ni satisfecha.

Pero el Dios misericordioso y justo permite este género de pruebas en las mejores almas, por muchas razones: la primera, para purificarlas de sus defectos, porque de justicia es que con excesivos temores satisfagan por la culpable libertad que concedieron antes al corazón y á los sentidos.

La segunda, con objeto de consolidar en el espíritu el temor á los pecados verdaderos por medio del exagerado temor á los aparentes. Es indudable que quien tiembla á la sombra de pecado, más ha de temblar á la vista de una falta cierta.

La tercera, para humillar el espíritu manteniéndolo en la poca estima de sí mismo. Nada es, en efecto, más humillante para alguno, sobre todo si es de clara inteligencia, como el verse ocupado, cual si fuese niño, en cosas que nada valen, sin poder desembarazarse de ellas. Entonces se ve y se palpa la profunda miseria.

La cuarta, para adquirir la paciencia, la abnegación del propio juicio y otras virtudes. En este estado de perplejidad, si quiere obrar con rectitud, el alma se ve obligada á someterse sin vacilación alguna al régimen de otro, á soportar con paciencia innumerables angustias, y á violentarse para proseguir en la práctica de la virtud.

Estos son los signos para conocer si los escrúpulos provienen de una especial permisión divina, para la purificación de las almas; mas como gozan de auxilios particulares, resulta que á pesar de sus escrúpulos, aun sin darse cuenta, continúan avanzando en el camino de la perfección. Se les ve además huyendo por doquiera del pecado y del peligro de cometerlo; son más obedientes que los otros escrupulosos, y más constantes en los ejercicios de piedad.

Por último, los escrupulosos de esta especie no son perpetuos: la agitación, el vaivén del espíritu produce el mismo efecto que la tempestad en los mares: cuando se han purificado de sus manchas y se afirman en ciertas virtudes, vienen poco á poco, y á veces muy presto, calma y tranquilidad plenísima.

Concluiremos este capítulo transcribiendo los consoladores párrafos siguientes de *El Espíritu de San Francisco de Sales:*

«Decís que desde que emprendisteis vida más ajustada os sobrevino multitud de escrúpulos que os roen y devoran; y vuestras imperfecciones, que

á juicio del confesor pueden compararse á los mosquitos, os parecen elefantes de pecado á causa de vuestra infidelidad á las gracias de Dios.

»No irritéis vuestra dolencia. El escrúpulo no hace más que enconar estas llagas restañándolas. Se complace en eso, pero al fin la comezón le atormenta. Es, sin embargo, de buen augurio que aparezcan cardos y espinas en terreno nuevamente desmontado: esto es claro indicio de su fuerza, y por consiguiente, de su futura fertilidad.

»Buen augurio es que el alma, al comenzar su vida devota, sea víctima de los escrúpulos: esto indica que la gracia imprimió grande odio al pecado, pues que su sombra basta para infundir espanto.

»Es signo de curación, puesto que después de gravísima fiebre sobrevino la inflamación de los labios; la naturaleza arroja fuera el calor que turbaba la armonía del temperamento y de los humores.

»Vos lo decís: «A pesar de todo, no pierdo de »vista la estrella hermosísima de la gracia ni aún »en medio de estas tempestades: aunque todo se »agite alrededor de mí; aunque la mar y los vien»tos produzcan tormentas y desastres, sufriré con »paciencia por amor de Dios; no hay en todo ello »más que un naufragio de caridad, del que me ate»morizo por lo frágil de mi naturaleza.» Y yo os aseguro que el temor es piloto excelente que sa-

brá vencer los escollos en el esquife de vuestro corazón.

»*El consejo de los consejos es tener quien con rectitud os aconseje.*

»Vuestra alma se encuentra en poder de un director cuyos labios guardan la ciencia y la salud. Si os sujetáis á sus sabias amonestaciones, muy presto os veréis libre de esas heridas que desgarran la conciencia; si no es así, me parecerá que hacéis bien permaneciendo en esas penas interiores, puesto que si queréis escaparos, nadie os impide que os alejéis por la puerta del buen consejo.»

CAPÍTULO III.

SEÑALES Y MOTIVOS DEL ESCRÚPULO. LA CONFESIÓN.—SU PRIMERA CUALIDAD.

Hay muchas señales para conocer á los escrupulosos; he aquí las principales:

1.° Ser propenso á temer y dudar por motivos frívolos y sin fundamento alguno racional.

2.° Ser inconstante en esas dudas y temores, y cambiar de parecer sólo por apariencias ligeras, teniendo como lícito lo que antes se creía peca-

minoso, y, al contrario, por ilícito que se lo juzgaba indiferente.

3.º Experimentar en estas dudas y temores inquietudes, angustias y turbación de ánimo. Los remordimientos que vienen de Dios, por más que hieran el espíritu, no lo arrojan nunca en la ansiedad ni en las tinieblas.

4.º Si el que interrogado sobre el objeto de sus dudas responde que no encuentra pecado, y sin embargo teme y no se aventura á obrar.

5.º Mostrarse obstinado en su propio juicio; no tranquilizarse con los avisos de los doctos, ni aun con las enseñanzas del confesor, y terminar, después de todo, siguiendo el propio juicio.

Esta última señal es característica. San Francisco de Sales solía decir que los escrúpulos tienen su raíz en cierto orgullo fino y delicado que el Santo Doctor llamaba también *elixir del orgullo*, porque es tan sutil y desleído que engaña aun á sus víctimas.

Según el Bienaventurado Francisco, ved lo que acontece en los escrupulosos: «El que se encuentra atormentado por este roedor (que tanto trabajo cuesta exterminar de un alma) no se resuelve á descansar en el juicio de los prudentes; quiere, por el contrario, que su juicio predomine sobre el de los más hábiles. Mas si quisiera someterse y renunciar á su propio consejo, al punto quedaría curado.

»Si el texto de los divinos oráculos nos enseña que la desobediencia es un crimen semejante á la idolatría y al sortilegio, ¿qué decir de los escrupulosos que son idólatras de sus propios sentimientos, y de tal suerte adheridos á sus opiniones que se afirman en los malos propósitos á pesar de todas las amonestaciones y consejos?

»Cuando se les dice que sus temores son vanos lo toman á burla; creen que no se les entiende ó que no se explican bastante; y de todas maneras nunca quedan satisfechos.»

La confesión y la comunión son para las escrupulosos el principal objeto de sus penas é inquietudes. Y nada más propio para tranquilizarlos que las sólidas y consoladoras doctrinas de los maestros de espíritu. Almas escrupulosas y timoratas, recibid confiadamente estos consejos y vuestra curación será el premio de vuestra fidelidad.

En cuanto á la confesión, San Alfonso empieza por recordar el dogma católico y las condiciones necesarias para recibir dignamente el Sacramento de la Penitencia. El perdón de los pecados, el aumento de gracia para no volverlos á cometer, la paz del alma y la energía para la virtud, tales son los preciosos efectos de la confesión. Para que se produzcan debe tener tres cualidades: *integridad*, *contrición* y *sinceridad*.

La integridad consiste en que la acusación sea de todos los pecados mortales no confesados ó

mal confesados. Por lo mismo, la integridad supone el examen de conciencia. «El que tiene la costumbre de frecuentar los Sacramentos, continúa San Alfonso, no debe atormentar su memoria para descubrir el número de los pecados veniales. Más bien desearía yo que se examinara el origen de las aficiones terrestres y del tedio para las cosas de Dios. Al expresarme así, me refiero á los que van al confesonario con la cabeza llena de lo que han visto ú oído, y cantan siempre idéntica canción, acusando los mismos defectos, sin dolor y sin firme propósito de corregirse.

»Por lo demás, para los timoratos que se confiesan á menudo y evitan los pecados veniales de propósito deliberado, el examen no exige mucho tiempo. Si se tratase de pecados graves, tampoco es necesario atormentar la memoria, porque esas faltas por sí mismas se presentarán á sus ojos. Pueden haber cometido pecados veniales plenamente deliberados; pero los remordimientos no permitirán que se olviden.

»Además, no hay obligación de confesar todos los pecados veniales; y, por lo tanto, no se necesita hacer investigación exacta de su número y circunstancias. Y cuando no hay actualmente una materia cierta para la absolución, se debe de acusar cualquiera pecado de la vida pasada que más excite á la contrición. Puede decirse, por ejemplo: Me acuso en particular de todas las faltas de mi

vida pasada contra la caridad, la pureza y la obediencia.»

Acusarse, pues, de alguna de esas faltas sobre las que hay seguridad de arrepentirse, sin entrar en detalle alguno, basta para asegurar la validez de la absolución, que de otra manera sería nula por falta de contrición.

¡Qué consoladoras son á este respecto las siguientes palabras de San Francisco! «No os inquietéis de ninguna manera, dice, si no recordáis todas vuestras faltas pequeñas, porque *así como caéis á menudo sin apercibiros de ello, así también os levantáis frecuentemente sin percibirlo.*»

Las almas devotas, en efecto, obtienen el perdón de estas faltas ligeras por medio de sus actos de amor y otras buenas obras que tienen costumbre de practicar.

CAPÍTULO IV.

SEGUNDA CUALIDAD DE LA CONFESIÓN.

La contrición acompañada del propósito. Esta condición es esencial para obtener el perdón de los pecados. Las confesiones mejores no son las más largas, sino las más dolorosas. La prueba de una buena confesión,